

VALORIZACION DE PINEDA Y BASCUÑAN

PEDRO CUNILL GRAU

En el ser humano hay una fuerza espontánea e indomable que le mueve a comunicarse, conducir y crear nuevos mundos con el lenguaje. Mas, la persona es mortal y nada queda tras de sí; la palabra muere con ella. Pero, ¿no es acaso nuestro más caro deseo dejar en el mundo un recuerdo de nuestra efímera existencia? Dejar un legado, un testamento espiritual.

Así aparecen los escritos, con diferentes móviles secundarios, pero siempre con una constante: dejar si quiera disecados en el papel los sucesos, la vida del creador para quien la lea, en el tiempo y en el espacio futuro, vuelva a reconstruir en su mente la imagen del autor para que éste le dé su mensaje espiritual.

Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es indudablemente un hombre preclaro en el siglo XVII. En él hacen crisis dos corrientes antagónicas; por una parte su verdadero e íntimo sentir, y, por la otra, la época, la sociedad de su tiempo, que le obligaba a vivir y a sentir de acuerdo con ciertos cánones. ¿Cómo resuelve Pineda y Bascuñán este conflicto? ¿Hace frente a la sociedad o se retira, para llevar una existencia introvertida?

De ninguna de las dos maneras, pues Pineda y Bascuñán vivió conforme a su época, vendiendo esclavos negros y otorgando, como gobernador de la plaza de Valdivia, patente de esclavitud para un indio cogido en la guerra¹.

Pero si en apariencia se sometió a su tiempo, actuando a la usanza de la época, su espíritu, asilo de la verdadera libertad, no cesa y así dejó un mensaje para la posteridad, en el que plasma sus verdaderas aspiraciones, el "Cautiverio Feliz".

La obra de Pineda y Bascuñán tiene por constante tres móviles bien marcados: el sentimiento herido del soldado con la ingratitud de los funcionarios y representantes reales, amor a los indígenas y una reacción tendiente a poner la verdad en lo que se escribe sobre la guerra de Chile, por "el haber reconocido algunos escritos y obras de historia, que han salido a luz y están para salir, de algunos acaecimientos de esta guerra de Chile, tan ajenos de la verdad como llevados de la adulación los más y otros del propio interés y del que han adquirido, por sus letras"².

El primer móvil lo lleva a criticar la forma con que se lleva la guerra en Arauco, la manera de administrar justicia, los robos en la frontera y aún al cabildo: "Pues, vemos en las repúblicas y cabildos entreverados

tratantes y mercaderes, y tal vez de algunos que antes ocuparon otros oficios no de tanto porte y de las varas de medir pasan a ejercer las de justicias; y por la mayor parte son disimulados pulperos, con que en lugar de ajustar las medidas a lo que se debe y es razón, las adulteran de tal suerte, que aunque el vulgo clame, el común lo sienta y los pobres lo padezcan, anda todo sin medida, sin cuenta ni sin razón"³.

Y no siquiera los más altos mandatarios de la colonia se le escapan: "Pero tales gobernadores (los buenos), duraron poco, y nos los quita Dios por castigarnos, dándonos otros perversos y depravados, a quienes permite que en pena de nuestros delitos se desmanden y en todo yerren..."⁴.

Pero Pineda y Bascuñán asciende aún más alto: "sólo diré que los príncipes superiores, ministros del Rey, nuestro Señor, que nos atiende al descargo de su real conciencia y a la ejecución de sus reales órdenes, dando el premio dedicado para los que le han servido..., no se pueden tener ni reputar por los reales ministros de S. M., quien, con cristiano celo y piadoso acuerdo los envía y pone en lugares y oficios prominentes para que honren y premien a los más dignos beneméritos, que con personales servicios y continuos afanes han adquirido estos títulos en reinos tan remotos como Chile"⁵.

Así Pineda y Bascuñán juzga los actos de los dominadores en el reino austral español con extrema severidad. Todos los cronistas de la época son sumamente aduladores en este sentido y si llegan a elevar su voz lo hacen con la timidez de un pequeñuelo hacia su madre. Pineda y Bascuñán es singular, observa los defectos y los lanza como un reto a sus causantes, procede orgullosamente: siente en su pecho la nueva nacionalidad, es un germen de patriotismo lo que lo mueve a hablar, se siente miembro de "nuestro país chileno"⁶.

Pero Pineda y Bascuñán no solamente se siente miembro de la nueva nación, sino que admira a los primitivos ocupantes del territorio; es por ello que cuando repetidamente leemos en el "Cautiverio Feliz", que le dice a su captor, el cacique Maulicán, "mi amo", no es un sentimiento servil hacia quién considera su protector, sino un reconocimiento al verdadero dueño del suelo: al indígena.

Es a este pueblo araucano para quien el autor tiene sus mejores palabras: "otras naturales propie-

¹ Véase los documentos publicados por D. Alvaro Jara en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 51, 2º Semestre de 1954.

² "Cautiverio Feliz", T. III, de la colección de Historiadores de Chile, pág. 2.

³ Op. cit., pág. 118.

⁴ Op. cit., pág. 114.

⁵ Op. cit., pág. 9.

⁶ Op. cit., pág. 112.

dades, demás del valor referido, tienen que ser dignas de alabanzas en ellos, como es la viveza del entendimiento, la agudeza en el pensar y fácilmente comprender lo que oyen y ven hacer... Cuán agradecidos se muestran a los beneficios y agasajos que reciben, como lo han mostrado algunos en sus acciones".⁷.

Creemos que es digna de hacerse notar esta característica de la obra, única en los historiadores primitivos, pues si bien Alonso de Ercilla ensalzó al indígena, lo hizo para elevar con ello al conquistador español, no así Pineda y Bascuñán, que lo hace al ver lastimado su criterio de hombre de bien: "de esta calidad y naturaleza son los indios, que algunos llaman ingratos, desconocidos y traidores; cuando con ciertas experiencias y antiguos conocimientos, podemos decir los que dilatados tiempos los hemos manejado... que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados por haberlos ocasionado nuestras tiranías, nuestras inhumanidades, nuestras codicias y nuestras culpas y pecados...".⁸.

Naturalmente, muchos nos podrán decir que el "Cautiverio Feliz" es una obra muy parcial y que sus observaciones acerca de españoles e indígenas

están matizadas por el magnífico trato que le dieron estos últimos durante su cautiverio.

No hay tal, pues, nunca el cautiverio de Núñez de Pineda fué feliz; si bien es cierto que Maulicán le agasajaba y parece hasta haber tenido relaciones amorosas con la hija de éste y que se aficionó a la chicha y comidas autóctonas; no es menos cierto que el transcurso de su cautiverio, que va desde el 15 de mayo hasta el 7 de diciembre de 1629, fué para Pineda y Bascuñán un perpetuo huir de la mayoría de las tribus hostiles, quienes querían sacrificarlo por el recuerdo de las hazañas guerreras de su padre, el maestro de campo, Alvaro Núñez.

No fué, pues, como ingenuamente nos los representamos; el cautiverio de Pineda y Bascuñán, una muelle estada en las chozas indígenas, sino un continuo ocultamiento, una época de sobresaltos y sacrificios.

Sin embargo, Pineda y Bascuñán, como observador objetivo, comprende al indígena y ve las faltas del español, sin que ni sus creencias religiosas deformen u apaguen la realidad ambiental.

Es hora, pues, que aprovechemos esta obra, como se merece, en la historiografía nacional y en la etnología indígena. Alejémonos algo de esa historiografía fundada exclusivamente por legajos judiciales y tomemos el cuadro colorista que nos dió el bien recordado Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán.

⁷ Op. cit., pág. 123.

⁸ Op. cit., pág. 28.